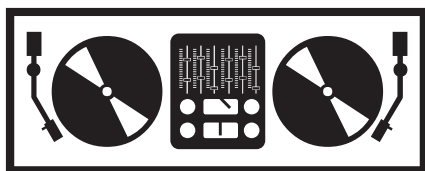


BAILAR HASTA MORIR



TXEMA URDAMPILLETA
LAYLA MARTÍNEZ
JORDY CUMMINGS

GUILLEM SERRA
LUIS COSTA
DJ PLAN B





PRIMERA EDICIÓN: ENERO 2020

SEGUNDA EDICIÓN: MARZO DE 2020

TERCERA EDICIÓN: AGOSTO DE 2020

VALÈNCIA

TEXTOS: SUS AUTORES

DISEÑO, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN:

LEVANTA FUEGO

WWW.LEVANTAFUEGO.COM

ISBN: 978-84-09-14651-2

EL CONTENIDO DE ESTA OBRA PUEDE SER
DISTRIBUIDO, COMUNICADO Y COPIADO LIBREMENTE,
SIEMPRE QUE SU USO SEA NO COMERCIAL. PARA
CUALQUIER OTRO USO O FINALIDAD, SE RUEGA
CONTACTAR CON LA EDITORIAL.

DOLLY RECORDS

5
EDITORIAL

7
NORTHERN SOUL. LA TIERRA DE LOS MIL BAILES
TXEMA URDAMPILLETA

17
MÚSICA DISCO.
SEXUALIDAD, GOMINA Y LENTEJUELAS
LAYLA MARTÍNEZ

29
BAILE Y REVOLUCIÓN.
EXPLORANDO LAS DISCOTECAS SOVIÉTICAS
JORDY CUMMINGS

37
RAVES EN LA ORBITAL M25
GUILLEM SERRA

48
FRANCOTIRADORES: LOREN D.

51
AQUÍ HAY BACALAO
LUIS COSTA

63
BIG BEAT
DJ PLAN B

68
233 GRADOS

EDITORIAL

Dijo Albert Einstein que «los bailarines son los atletas de Dios» y lo cierto es que la danza y el baile han acompañado al ser humano desde sus orígenes. Danzas rituales, danzas religiosas, danzas de cortejo amoroso, danzas para que llueva o danzas para rendir pleitesía a reyes y soberanos. El ser humano lleva bailando toda su vida; a veces por obligación, otras por tradición o superstición. Pero es en la primera mitad del siglo XX, con la aparición de los clubs y las discotecas, cuando el baile como forma de ocio se hace masivo. Tras décadas de luchas, las condiciones de trabajo de la clase trabajadora parecen mejorar, se reduce la jornada laboral y aparece el tiempo de ocio como lo conocemos hoy en día. La pista de baile sustituye al bar pero la realidad es que, ya sea mediante el alcohol de la taberna o mediante la pista de baile, los trabajadores de todo el mundo necesitan evasión. Escapar de una rutina asfixiante y dejarse llevar por la música. Entrada la segunda mitad del siglo XX, la relación entre las clases populares y el baile se hizo muy estrecha. Jóvenes británicos que bailaban frenéticos a ritmo de anfetamina y Northern Soul, trans racializadas que hacían polvo la pista bailando música disco en las nuevas discotecas-templo de Nueva York, jóvenes valencianos de la ruta destroy que empezaban la fiesta el viernes por la tarde y la terminaban el domingo al anochecer. Raves que parecen no tener fin, generaciones enteras destruidas, macrodiscotecas llenas de celebridades, garitos ingleses atestados de cuerpos y sudor, juventudes soviéticas que reclaman su derecho a moverse al ritmo del sintetizador. Todo esto y mucho más en este número especial dedicado a la pista de baile.



NORTHERN SOUL



LA TIERRA DE LOS MIL BAILES

TXEMA URDAMPILLETA

A finales de los sesenta en el sur de Inglaterra, y más concretamente en Londres, muchos clubs como el mítico Crackers, donde chavales racializados de la periferia podían bailar soul toda la noche, dejaron poco a poco de lado los sonidos más clásicos y bailables de la Motown y similares y viraron hacia el soul psicodélico y el funk. Eran otros tiempos, y las novedades, como otras tantas cosas, llegaban más tarde a los sitios alejados de las grandes metrópolis, así que en el norte de Inglaterra no se habían enterado de estos cambios. Nadie les había avisado. Y tampoco les importaba.

Cual chicos acelerados en una aldea gala que resiste, estos nortños seguían escuchando los discos más raros de soul sin importarles lo que dijese los sureños de la capital. Bailaban sin descanso los

clásicos de Motown o Stax, pero también se manchaban los dedos escarbando en el catálogo de sellos menos conocidos a la búsqueda de los temas más raros. La fuente era inagotable, había almacenes estadounidenses llenos de discos de pequeños sellos, de artistas desconocidos, esperando a ser encontrados, pinchados y bailados. La producción de discos de soul había sido inmensa, como lo era el talento negro en los Estados Unidos. Y como si fueran almacenes móviles, los contenedores llenos de vinilos llegaban a los puertos de las ciudades inglesas.

El panteón de estos devotos era enorme, desde Wilson Pickett a los Four Tops, pasando por Major Lance, Maxine Brown, Bobby Bland o Fontella Bass. Buscaban lo más novedoso de entre lo más antiguo, *new old songs*. Nuevas viejas canciones.

Podríamos buscar el origen de esta escena en Manchester, en el templo de la música negra que era el Twisted Wheel. El club abre sus puertas en 1963, pero es dos años más tarde, al pasar Roger Eagle a la cabina, cuando todo se desata. En bus, en tren, en moto, daba igual, cientos de mods llegaban de todas partes de Inglaterra a Manchester para escuchar y bailar lo que ponía el señor Eagle, huyendo de la aburrida psicodelia y los hippies. Allí podías escuchar desde r&b a soul, pasando por temas de blue beat, early reggae o blues. Durante esos años tocaron estrellas como John Lee Hooker, Jimmy James o Georgie Fame. Iconos para todos esos mods que recibían un súbito y quizás último empujón a unas carreras muchas veces acabadas – muchos habían dejado el mundo de la música y se habían puesto a trabajar de taxistas u oficinistas–, y en demasiados casos no bien remuneradas debido a la avaricia de los productores.

El año pasado, por cierto, pudimos ver a un –siendo sincero– decepcionante Geno Washington celebrando el cincuenta aniversario de su último concierto en la sala, dedicándose a tocar clásicos de soul como si de una orquesta se tratase. Menos mal que, como tantas otras noches, el ponediscos –Pete Roberts en este caso– y la gente en la pista salvaron la noche.

Dave Godin ya había disfrutado de algunas noches en el Twisted Wheel cuando acuñó el término *northern soul* que perduraría hasta hoy. Además de ser periodista, tenía una tienda en Londres llamada Soul City. Los sábados de partido montones de seguidores de equipos del norte iban a su tienda y seguían comprando los discos de soul que ya no llamaban la atención de los londinenses, centrados en sonidos más modernos. Los mismos discos que casualmente sonaban en el Wheel. Cuando llegaban a la tienda, los etiquetaba bajo el nombre de «northern soul» para tener controlados todos los discos que esa gente ansiaba. Eso es el northern soul, el soul que publicaron todos esos pequeños sellos independientes americanos de finales de los sesenta a principios de los setenta y que ahora bailaban, acrobacias mediante, chicos nortños. Jóvenes que buscaban bailar la noche entera mientras sudaban anfetamina y libertad, esa clase de libertad que te otorga el baile cuando vives en el frío y lluvioso norte. Los que vivimos en sitios así lo sabemos: el baile como salvación para no morir del asco o de algo peor en los sitios más grises de una cuenca minera o los bares más silenciosos de un puerto con talleres navales. Eran tiempos duros, en una tierra dura de gente más dura todavía. Se trataba de la liberación que supone ser otra persona desde que sales del trabajo el viernes hasta que te acuestas el domingo, huyendo de la monotonía. Poder ser reyes durante unas horas, como canta Dobie Gray en el himno *Out on the floor*.

A pesar de la merecida fama del Twisted Wheel, hubo otros clubes en el norte Inglaterra que tenían las puertas abiertas y las pistas llenas. Estaba The Catacombs en Wolverhampton y The Golden Torch, más conocido como The Torch, en Tunstall. The Torch había sido una iglesia, más tarde un cine, había acabado convertido en un club mod por el que pasaron gente como Edwin Starr o The Drifters y que moriría de éxito al no renovar su licencia debido a los constantes sobreaforos y a la presencia policial. En Blackpool se encontraba la Blackpool Mecca, con Ian Levine haciendo sonar clásicos como *Landslide* de Tony Clarke. Este club iría poco a poco acogiendo sonidos





más modernos, menos frenéticos que el northern soul y se centraría en lo que más tarde se llamaría modern soul. Por su parte, al noroeste de Inglaterra, en el condado del Gran Manchester, en una pequeña ciudad llamada Wigan, estaba el Wigan Casino, que continuó activo hasta principios de los ochenta.

El Casino abrió seis meses después de que cerrase The Torch. Podías encontrar clubs donde la música era más moderna, otros donde la gente vestía mejor o donde sobre todo importaban las colecciones de discos de cada uno. Pero si buscabas un sitio donde lo importante era el baile, el Casino era el sitio al que ir. Aquí no encontrabas pantalones ceñidos, trajes de tres botones, zapatos lustrosos o pulcras camisas. En su lugar, pantalones anchos, calzado cómodo para bailar y camisetas de tirantes. Y una bolsa con ropa para cambiarse la que estaba sudada, porque para eso existen esa clase de clubs, para bailar y sudar. Y no importaba, no había moda, ni esnobismo, ni miradas altivas más importantes que la devoción por el soul y la hermandad en la pista de baile. No necesitaban innovación alguna, querían seguir escuchando esos discos de soul raros, los londinenses podían quedarse con sus sonidos modernos, gracias. Esto lo sabía Richard Searling, una de las personas que ponían allí discos y dedicaba mucho tiempo a rebuscar en sucios almacenes en Estados Unidos buscando las caras B más raras.

Si se lo contabas a alguien ajeno no entendía que miles de personas viajasen hasta una pequeña ciudad como Wigan para hacer cola y entrar en una sala donde no se vendía alcohol, con el objetivo de bailar toda la noche sin descanso —a veces con trampas, claro—. Y no me extraña, toda la noche bailando temas con un tempo acelerado y frenético, un baile solitario pero compartido con una multitud de feligreses en la pista. Esa velocidad que dio pie a un estilo propio, atlético, donde se mezclaban los movimientos de pies, las patadas altas dignas del mejor Bruce Lee, los *backdrops* y los *splits* mientras las gotas de sudor colgaban del techo como estalactitas. Y las palmadas, claro. Esas palmadas en el momento justo.

En 1981 el cierre del Wigan Casino marcó una especie de final no oficial de la época. Otros clubes surgieron o continuaron unos años más, pero abrieron el abanico musical a sonidos como el funk o el jazz másailable. Muchos de los asistentes continuaron con sus vidas alejados de esas interminables noches de tres días, los djs malvendieron sus discos y otros llenaron las pistas con distintos tipos de bailes. El 6 de diciembre de 1981 fue la última vez que sonaron las tres canciones conocidas como las «3 before 8», las 3 antes de las 8: *Long after tonight is all over* de Jimmy Radcliffe, *Time will pass you by* de Tobi Legend y el *I'm on my way* de Dean Parrish.

Blackpool, Londres, Manchester, Wigan... allí sonó por última vez ese *long after tonight it's all over*, allí se fraguó todo. Sin embargo, no es del todo cierto lo que dice Jimmy Radcliffe: allí no terminó todo. Aquí también hemos sabido continuar con la danza, con equivalentes en todo el territorio. En Asturias —esa pequeña sala de negro en el Yeyé donde tanto hemos sudado algunos de nosotros—, en el Someday de Valencia, el Movin On en Barcelona o el Soul4Real de Bilbao. También en algunos clubes de menos andadura pero que pretenden mantener la llama encendida a su manera, como el Ciares Soul Club de Xixón, que aúna northern con r&b, boogaloo, rocksteady o reggae, o el Breakaway de Barcelona, dedicado íntegramente al northern soul, en el que bailamos hasta no poder más en su inauguración y esperamos que dure mucho. Otros lamentablemente han pasado a la historia, como nuestro querido y añorado Beat Goes On.

Muchos de esos templos ya no existen y en su lugar han sido edificados templos paganos a otros dioses que ni tan siquiera son musicales y que no nombraremos aquí. Por suerte todavía queda gente así, que se esfuerza en organizar noches como esas, que pierde tiempo y muchas veces dinero para que puedas bailar sin parar hasta el amanecer Clubs donde lo importante son los discos, la música, el contacto que solo te da ese espacio en una pista de baile, estar rodeado de gente moviéndose como tú. Gente a la que quizás solo ves en esas



ocasiones, en cada fiesta, a la que saludas y con la que bailas y te despidas unas horas más tarde con una sonrisa en la cara, de la que tal vez no sabes ni su nombre, ni de dónde vienen, pero que volverás a ver en la siguiente. Gente a la que admiras por cómo bailan, por cómo se mueven en la pista. Porque ojalá poder bailar tan bien como ellos, aunque tampoco podría importar menos, porque el baile te hace sentir bien, te hace feliz, aunque bailes mal. Y porque incluso eso no importa.

Porque sigue habiendo gente dispuesta a pasarse ocho, nueve o diez horas bailando northern soul y otros ritmos. Mi amigo Xavi puede coger un billete y plantarse en cualquier ciudad europea a miles de kilómetros solo para pasarse dos días bailando, aún a riesgo de romper la suela de sus zapatos como la noche del For Dancers Only. Aquella mañana habíamos amanecido ya pensando en la noche que nos esperaba. La liturgia del inicio del día: levantarte el sábado y pensar, mientras te tomas el café, que hasta dentro de veinticuatro horas no estarás otra vez en la cama. Pensar en la ropa que vas a ponerte, qué camisa, qué pantalones, qué calcetines quedarán bien. Pasas el día como puedes, intentando no darle más vueltas pero sintiendo los nervios en segundo plano. Comes, intentas leer un poco pero no te concentras, hasta que el sol va bajando y te metes en la ducha mientras dejas girando algún disco que te vaya poniendo de buen humor. Sales y te vas vistiendo. Abrochado el último botón de la camisa, te miras una última vez en el espejo, asegurándote de que todo está perfecto y te vas a hacer la previa. Sales a la calle cuando el resto se va a la cama, para ellos el día ha acabado y para ti acaba de empezar.

Y como él, muchas más personas en cada ciudad, fieles devotos de esta religión, obsesionados con el baile y el soul. Girando horas y horas, como los singles a 45rpm que bailan, como si de un concurso frenético se tratase, sin premio en metálico pero sí en abundantes dolores musculares. Ellos son los devotos de una escena que requiere de total veneración y pasión. Ellos son los que no pierden el ritmo, los que nunca abandonan. Ellos son los portadores de la antorcha y de la fe.